

Lee el siguiente capítulo de la novela *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*, de Julian Barnes. Vas a escribir tu primera **imitación de modelos literarios** este curso: inventa una historia donde adoptes un punto de vista original sobre algún pasaje famoso de una obra literaria (la que prefieras, da igual género y época). Extensión: entre una y dos caras en formato Word (letra Times, Arial o Calibri, tamaño 11-12), aproximadamente. Plazo: 21 de octubre.

1. Capítulo 1. El polizón

PUSIERON a los behemots en la bodega junto con los rinocerontes, los hipopótamos y los elefantes. Fue una decisión sensata usarlos como lastre; pero ya podéis imaginaros el hedor. Y no había nadie que limpiara la mierda. Los hombres estaban sobrecargados con los turnos de alimentación, y sus mujeres, que debajo de sus llamaradas de perfume olían sin duda tan mal como nosotros, eran demasiado delicadas. Así que si queríamos que se hiciera algo de limpieza, teníamos que hacerla nosotros mismos. Cada pocos meses retiraban con un torno la gruesa escotilla de la cubierta de popa y dejaban entrar a las aves limpiadoras. Bueno, primero tenían que dejar salir el olor (y no había demasiados voluntarios para el trabajo del torno); luego seis u ocho de las aves menos quisquillosas revoloteaban cautelosamente alrededor de la escotilla durante aproximadamente un minuto antes de entrar. No recuerdo el nombre de todas —de hecho una de esas parejas ya no existe—, pero ya sabéis a qué clase de aves me refiero. ¿Habéis visto hipopótamos con la boca abierta mientras luminosos pajarillos picotean entre sus dientes como higienistas dentales enloquecidos? Imaginaos eso en una escala mayor y más sucia. No soy nada remilgado, pero hasta yo me estremecía ante la escena que se veía bajo cubierta: una hilera de monstruos bizcos a los que les están haciendo la manicura en una cloaca.

En el arca había una disciplina estricta; eso es lo primero que hay que dejar claro. No era como esas arcas de madera pintada con las que tal vez hayáis jugado de niños: todas las parejas felices mirando alegremente por encima de la barandilla desde la comodidad de sus bien fregadas celdillas. No os imaginéis un crucero por el Mediterráneo en el que jugáramos lánguidamente a la ruleta y todo el mundo se vistiera para la cena; en el arca sólo los pingüinos llevaban frac. Recordad: era una travesía larga y peligrosa, a pesar de que algunas de las reglas habían sido fijadas de antemano. Recordad también que teníamos a todo el reino animal a bordo: ¿habríais puesto a un leopardo a la distancia de un salto de un antílope? Ciertas medidas de seguridad eran inevitables y aceptamos cerraduras de doble clavija, inspecciones de las celdillas y un toque de queda nocturno. Pero, lamentablemente, también había castigos y celdas de aislamiento. Alguien de las alturas se obsesionó con la idea de obtener información, y ciertos viajeros aceptaron hacer de soplones. Lamento tener que informar que chivarse a las autoridades era a veces una práctica muy extendida. No era una reserva natural, aquella arca nuestra; a veces se parecía más a un buque prisión.

Me doy cuenta de que los relatos difieren. Vuestra especie tiene una reiterada versión que aún encanta hasta a los escépticos, mientras que los animales tienen un compendio de mitos sentimentales. Pero claro, ellos no van a hacer zozobrar el barco, ¿verdad? No cuando han sido tratados como héroes, no cuando se ha convertido en una cuestión de orgullo el que todos y cada uno de ellos puedan alardear de que su árbol genealógico se remonta hasta el arca. Fueron elegidos, soportaron penalidades, sobrevivieron: es normal que adornen los episodios embarazosos, que tengan oportunos fallos de memoria. Pero yo no me siento obligado a eso. Nunca fui elegido. En realidad, como a otras varias especies, no me eligieron deliberadamente. Fui un polizón; yo también sobreviví; escapé (desembarcar no fue más fácil que embarcar) y he prosperado. Estoy un poco apartado del resto de la sociedad animal, que todavía tiene sus reuniones nostálgicas; incluso hay un Club de Lobos de Mar para especies que nunca se marearon. Cuando recuerdo la travesía, no tengo ninguna sensación de estar obligado a nada; la gratitud no pone ningún churrete de vaselina en las lentes. De mi relato podéis fiaros.

Probablemente habréis comprendido que el «arca» no era un solo barco. Fue el nombre que le pusimos a toda la flotilla (difícilmente se habría podido meter a todo el reino animal en algo que sólo tenía trescientos codos de largo). ¿Que llovió cuarenta días y cuarenta noches? Bueno, naturalmente que no, eso no habría sido más que un verano inglés normal. No, llovió durante más o menos año y medio, según mis cálculos. ¿Y que las aguas cubrieron la tierra durante ciento cincuenta días? Engorden esa cifra hasta unos cuatro años. Y así, todo. Vuestra especie siempre ha sido una calamidad para las fechas. Yo lo atribuyo a vuestra curiosa obsesión por los múltiplos de siete.

Al principio el arca se componía de ocho buques: el galeón de Noé, que remolcaba el buque almacén, luego iban cuatro barcos ligeramente más pequeños, cada uno de ellos capitaneado por uno de los hijos de Noé, y detrás, a una prudente distancia (la familia era supersticiosa respecto a la enfermedad), el buque hospital. El octavo barco constituyó un breve misterio: una pequeña y veloz balandra con adornos de filigrana en madera de sándalo a lo largo de toda la popa, seguía un rumbo servilmente próximo al del arca de Cam. Si uno se ponía a sotavento a veces le tentaban extraños perfumes; en ocasiones, por la noche, cuando la tempestad amainaba, se oía una alegre música y risas agudas; ruidos que nos sorprendían, puesto que suponíamos que todas las esposas de todos los hijos de Noé estaban bien instaladas en sus propios barcos. Sin embargo, este perfumado y alegre barco no era muy robusto: se hundió en una repentina tormenta, y Cam estuvo pensativo durante varias semanas.

El buque almacén fue el siguiente que perdimos, en una noche sin estrellas cuando el viento había cesado y los vigías estaban adormilados. Por la mañana lo único que arrastraba el buque insignia de Noé era un pedazo de gruesa maroma que había sido roída por algo que tenía agudos incisivos y la capacidad de aferrarse a las cuerdas mojadas. Hubo graves recriminaciones por ese motivo, puedo aseguraroslo; de hecho, es posible que ésta fuera la primera ocasión en que una especie desapareció arrojada por la borda. Poco después se perdió el buque hospital. Hubo murmuraciones en el sentido de que los dos sucesos estaban relacionados, que la esposa de Cam —a la que le faltaba un poco de serenidad— había decidido vengarse de los animales. Al parecer, la producción de mantas bordadas de toda su vida se había hundido con el buque almacén. Pero nunca se pudo probar nada.

No obstante, el peor desastre, con mucho, fue la pérdida de Varadi. Vosotros conocéis a Cam, a Sem y al otro, el del nombre que empieza con J; pero no habéis oído hablar de Varadi, ¿verdad? Era el más joven y el más fuerte de los hijos de Noé; lo cual, naturalmente, hacía que no fuera el más querido en el seno de la familia. También tenía sentido del humor, o por lo menos se reía mucho, lo cual suele ser prueba suficiente para vuestra especie. Sí, Varadi estaba siempre alegre. Se le podía ver pavoneándose por el alcázar con un loro en cada hombro; les daba afectuosas palmadas en las ancas a los cuadrúpedos, que respondían con un bramido de agradecimiento; y se decía que mandaba su arca de una forma mucho menos tiránica que los otros. Pero ya ven: una mañana, al despertarnos, descubrimos que el barco de Varadi había desaparecido del horizonte, llevándose consigo una quinta parte del reino animal. Creo que os habría gustado el simurg, con su cabeza plateada y su cola de pavo real; pero el ave que anidaba en el árbol de la ciencia no fue mejor seguro contra las olas que el ratón de agua moteado. Los hermanos mayores de Varadi lo atribuyeron a mala navegación; dijeron que Varadi había pasado demasiado tiempo confraternizando con las bestias; incluso llegaron a insinuar que tal vez Dios le había castigado por alguna oscura ofensa cometida cuando era un niño de ochenta y cinco años. Pero hubiera lo que hubiere detrás de la desaparición de Varadi, constituyó una grave pérdida para vuestra especie. Sus genes os habrían ayudado mucho.

En lo que a nosotros se refiere, el asunto de la travesía empezó cuando se nos invitó a presentarnos en un sitio determinado antes de una fecha determinada. Esa fue la primera noticia que tuvimos del proyecto. No sabíamos nada del trasfondo político. La ira de Dios con su propia creación era una novedad para nosotros; nos vimos atrapados de grado o por fuerza. Nosotros no teníamos culpa de nada (no creeréis realmente esa historia de la serpiente, ¿verdad? No fue más que mala propaganda de Adán), y sin embargo las consecuencias fueron igualmente graves para nosotros: todas las especies aniquiladas salvo una pareja reproductora, y esa pareja enviada a alta mar a cargo de un viejo bribón con un problema de alcoholismo que estaba ya en su séptimo siglo de vida.

Así que se corrió la voz; pero, como es habitual, no nos dijeron la verdad. ¿Acaso imagináis que justo en las proximidades del palacio de Noé (oh; no era pobre, ese Noé, no) habitaba convenientemente un ejemplar de cada especie existente en la tierra? Vamos, vamos. No, tuvieron que hacer publicidad y luego seleccionar a la mejor pareja que se presentó. Como no querían provocar el pánico, anunciaron una competición para parejas —algo así como una mezcla de concurso de belleza, pruebas intelectuales y concurso del matrimonio ideal— y les dijeron a los concursantes que se presentaran ante la puerta de Noé antes de un mes determinado. Ya podéis imaginaros los problemas que hubo. Para empezar, no todo el mundo tiene un carácter competitivo, así que posiblemente acudieron sólo los más codiciosos. Los animales que no fueron lo bastante listos como para leer entre líneas, sencillamente pensaron que no les interesaba ganar un crucero de lujo para dos con todos los gastos pagados, muchas gracias. Además, Noé y su personal tampoco tuvieron en cuenta que algunas especies hibernan en cierta época del año; por no hablar del hecho más evidente de que unos animales viajan más despacio que otros. Había un animal particularmente perezoso, por ejemplo —una criatura exquisita, puedo dar fe de ello personalmente—, que apenas había bajado al pie de su árbol cuando fue aniquilado en la gran inundación de la venganza divina. ¿Cómo le llamáis a eso, selección natural? Yo lo llamaría incompetencia profesional.

La organización, francamente, fue desastrosa. Noé se atrasó en la construcción de las arcas (no ayudó mucho el que los artesanos se dieran cuenta de que no había suficientes literas para que les llevaran a ellos también), y debido a ello no se prestó la atención necesaria a la elección de los animales. Se aceptaba a la primera pareja normalmente presentable que llegaba, éste parecía ser el sistema; ciertamente no se hacía más que un muy somero examen del pedigrí. Y por supuesto, aunque decían que llevarían a dos animales de cada especie, a la hora de la verdad... A algunas especies sencillamente no las querían en la travesía. Ese fue nuestro caso; por eso tuvimos que embarcar como polizones. Y buen número de bestias con argumentos perfectamente legales y convincentes para ser consideradas una especie distinta vieron rechazadas sus demandas. No, ya tenemos dos de vosotros, les decían. ¿Qué diferencia suponen unos cuantos anillos más en la cola, o ese esposito copete a lo largo de tu espina dorsal? Ya os tenemos. Lo sentimos.

Hubo animales espléndidos que llegaron sin pareja y tuvieron que quedarse atrás; hubo familias que se negaron a separarse de su descendencia y prefirieron morir juntos; hubo exámenes médicos, a menudo de un carácter brutalmente desagradable; y durante toda la noche el aire fuera de la empalizada de Noé se llenaba con los lamentos de los rechazados. ¿Os imagináis el ambiente cuando al fin se supo por qué nos habían pedido que nos sometiésemos a esta farsa de competición? Hubo muchos celos y mala conducta, como podéis figuraros. Algunas de las especies más nobles sencillamente se volvieron al bosque, declinando el ofrecimiento de sobrevivir en las insultantes condiciones impuestas por Dios y Noé, prefiriendo la extinción y las olas. Se dijeron duras y envidiosas palabras respecto a los peces; los anfibios empezaron a adoptar un aire claramente presuntuoso; los pájaros practicaban para mantenerse en el aire el mayor tiempo posible. Ciertos tipos de monos fueron vistos a veces tratando de construirse toscas balsas. Una semana se produjo una misteriosa epidemia de intoxicación alimentaria en el Recinto de los Elegidos y para algunas de las especies menos robustas el proceso de selección tuvo que comenzar de nuevo.

Hubo momentos en los que Noé y sus hijos se pusieron bastante histéricos. ¿Que eso no encaja con vuestra versión de las cosas? ¿Que siempre os han hecho creer que Noé era sabio, recto y temeroso de Dios y yo lo he descrito como un bribón histérico con un problema de alcoholismo? Las dos opiniones no son enteramente incompatibles. Pongámoslo de esta manera: Noé era bastante calamitoso, pero tendríais que haber visto a los demás. A nosotros nos sorprendió bien poco que Dios decidiera borrar la pizarra; lo único extraño era que quisiera preservar algo de esta especie cuya creación no hablaba demasiado bien de su creador.

A veces Noé estaba casi al borde. El arca iba atrasada, a los artesanos había que fustigarlos, cientos de animales aterrizados vivaqueaban cerca de su palacio y nadie sabía cuándo llegarían las lluvias. Dios ni siquiera quería darle una fecha para eso. Todas las mañanas mirábamos las nubes: ¿sería como siempre un viento del oeste el que traería la lluvia, o enviaría Dios su diluvio especial desde una dirección rara? Y a medida que el tiempo empeoraba lentamente, las posibilidades de revuelta aumentaban. Algunos de los rechazados querían tomar el arca y salvarse, otros querían destruirla por completo. Los animales con tendencias especulativas empezaron a proponer principios de selección distintos, basados en el tamaño de las

bestias o en su utilidad en lugar de en el simple número; pero Noé se negó altivamente a negociar. Era un hombre que tenía sus pequeñas teorías y no le interesaban las de nadie más.

Cuando la flotilla estaba casi terminada se hizo preciso protegerla veinticuatro horas al día. Hubo muchos intentos de viajar clandestinamente. Un día descubrieron a un artesano tratando de hacer un escondite entre los tablones inferiores del buque almacén. Y hubo escenas patéticas: un joven alce colgado de la borda del barco de Sem; pájaros bombardeando en picado la red protectora, y otras por el estilo. A los polizones, cuando se les detectaba, se les mataba inmediatamente; pero estos espectáculos públicos nunca bastaban para desanimar a los desesperados. Nuestra especie, me enorgullece decirlo, subió a bordo sin soborno ni violencia; pero también es verdad que no somos tan fáciles de detectar como un joven alce. ¿Cómo nos las arreglamos? Tuvimos un padre muy previsor. Mientras Noé y sus hijos cacheaban bruscamente a los animales a medida que subían por la pasarela, pasando ásperas manos por lanas sospechosamente espesas y llevando a cabo algunos de los primeros y menos higiénicos exámenes de próstata, nosotros ya habíamos pasado por delante de sus narices y estábamos a salvo en nuestras literas. Uno de los carpinteros del barco nos había llevado allí sin saberlo.

Durante dos días el viento sopló en todas direcciones simultáneamente y luego empezó a llover. El agua caía a chorros desde un cielo bilioso para purgar al mundo perverso. Grandes gotas estallaban en la cubierta como huevos de paloma. Los representantes seleccionados de cada especie fueron trasladados desde el Recinto de los Elegidos hasta las arcas que se les habían asignado. La escena parecía una boda masiva obligatoria. Luego atornillaron las escotillas y todos empezamos a acostumbrarnos a la oscuridad, el confinamiento y el hedor. Aunque esto no nos importó mucho al principio: estábamos demasiado eufóricos por nuestra salvación. La lluvia caía incesantemente, transformándose a veces en granizo y tamborileando sobre las tablas. A veces oíamos el estruendo del trueno y a menudo las lamentaciones de las bestias abandonadas. Pasado algún tiempo, estos gritos se hicieron menos frecuentes: supimos que las aguas habían empezado a subir.

Finalmente llegó el día que habíamos estado esperando. Al principio pensamos que podía ser un asalto enloquecido por parte de los últimos paquidermos supervivientes, que trataban de forzar la entrada al arca o, al menos volcarla. Pero no, era que el barco se inclinaba de lado cuando el agua empezaba a levantarlo de su cuna. Ese fue el momento culminante de la travesía, si quieren mi opinión, ése fue el momento en que la fraternidad entre las bestias y la gratitud hacia el hombre corrieron como el vino en mesa de Noé. Después... pero tal vez los animales habían sido ingenuos al confiar en Noé y en su Dios para empezar.

Ya antes de que subieran las aguas había habido motivos de inquietud. Sé que vuestra especie tiende a despreciar a nuestro mundo, por considerarlo brutal, caníbal y falso (aunque bien podríais reconocer que esto nos acerca a vosotros en lugar de alejarnos). Pero entre nosotros siempre hubo, desde el principio, un sentimiento de igualdad. Oh, ciertamente nos comíamos los unos a los otros y todo eso; las especies más débiles sabían demasiado bien lo que podían esperar si se cruzaban en el camino de algo que fuera más grande y estuviera hambriento. Pero simplemente reconocíamos que así eran las cosas. El hecho de que un animal pudiera matar a otro no hacía al primer animal superior al segundo; únicamente le hacía más peligroso. Puede que éste sea un concepto que os cueste comprender, pero había un respeto mutuo entre nosotros. Comerse a otro animal no era motivo para despreciarlo, y ser comido no inspiraba a la víctima —o a la familia de la víctima— ninguna exagerada admiración por la especie que se lo había zampado.

Noé —o el Dios de Noé— cambió todo eso. Si vosotros tuvisteis una Caída, nosotros también. Pero a nosotros nos empujaron. Nos dimos cuenta de ello por primera vez cuando se estaba haciendo la selección para el Recinto de los Elegidos. Toda esa historia de dos de cada era verdad (y uno se daba cuenta de que tenía cierto sentido); pero ahí no se acababa el asunto. En el Recinto empezamos a notar que de ciertas especies se habían seleccionado no dos sino siete (una vez más, esa obsesión con los siete). Al principio pensamos que los cinco de más serían reservas por si la primera pareja enfermaba. Pero luego, gradualmente, se reveló la verdad. Noé —o el Dios de Noé— había decretado que existían dos clases de bestias: las puras y las impuras. Los animales puros entraban en el arca de siete en siete; los impuros de dos en dos.

Hubo, como podéis suponer, un profundo resentimiento al ver la división de la política animal de Dios. Hasta el punto de que al principio incluso los animales puros se sentían incómodos por el asunto; sabían que no habían hecho nada para merecer protección especial. Aunque ser «puro», como descubrieron rápidamente, era una suerte que tenía sus desventajas. Ser «puro» significaba que podían ser comidos. Daban la bienvenida a bordo a siete animales, pero cinco estaban destinados a la cocina. Era un curioso honor el que se les hacía. Pero por lo menos significaba que tenían los compartimentos más cómodos disponibles hasta el día de su sacrificio ritual.

De vez en cuando la situación me parecía divertida y soltaba la risa del paria. Sin embargo, entre las especies que se tomaban a sí mismas en serio surgieron toda clase de complicados celos. Al cerdo no le importaba, puesto que tiene un carácter poco ambicioso socialmente; pero algunos de los otros animales se tomaron la noción de impureza como una ofensa personal. Y hay que decir que el sistema —por lo menos el sistema tal como lo entendía Noé— tenía poco sentido. ¿Qué tenían de especial los rumiantes de pata hendida?, se preguntaba uno. ¿Por qué habían de darles categoría de segunda clase al camello y al conejo? ¿Por qué establecer una división entre peces con escamas y peces sin escamas? El cisne, el pelícano, la garza real y la abubilla ¿no son acaso algunas de las especies más finas? Pues no se les concedió la divisa de pureza. ¿Por qué volverse contra el ratón y el lagarto —que ya tienen suficientes problemas, podría uno pensar— y minar todavía más su confianza en sí mismos? Si hubiésemos podido ver un destello de lógica en todo aquello... si Noé nos lo hubiese explicado mejor... Pero lo único que hizo fue obedecer ciegamente. Noé, como os habrán dicho muchas veces, era un hombre temeroso de Dios; y dada la naturaleza de Dios, probablemente ésa era la conducta más segura. Pero si hubieseis visto la dolorosa vergüenza de la cigüeña, habríais comprendido que nada podría volver a ser lo mismo entre nosotros.

Además, había otra pequeña dificultad. Por una desafortunada casualidad, nuestra especie había conseguido pasar a bordo clandestinamente a siete de sus miembros. No sólo éramos polizones (cosa que a algunos les molestaba), no sólo éramos impuros (cosa que algunos habían empezado a despreciar), sino que también nos burlábamos de las especies puras y legales imitando su número sagrado. Decidimos rápidamente mentir respecto a cuántos éramos y nunca aparecíamos juntos en el mismo sitio. Descubrimos en qué partes del barco éramos bien recibidos y cuáles debíamos evitar.

Así que, como podéis ver, era un convoy desdichado desde el principio. Algunos de nosotros estábamos afligidos por los que habíamos dejado atrás; otros estaban resentidos por su condición; y otros, aunque en teoría favorecidos por el título de pureza, tenían un justificado miedo al horno. Y encima de todo eso, estaban Noé y su familia.

No sé cuál es la mejor manera de deciros esto, pero Noé no era una buena persona. Me doy cuenta de que la idea resulta embarazosa, puesto que todos descendéis de él, pero ésa es la verdad. Era un monstruo, un patriarca engreído que se pasaba la mitad del día arrastrándose ante su Dios y la otra mitad pagándola con nosotros. Tenía una vara de madera resinosa con la que..., bueno, algunos animales llevan las rayas todavía. Es asombroso lo que puede hacer el miedo. Me han dicho que entre los de vuestra especie un susto muy fuerte puede hacer que el cabello se vuelva blanco en cuestión de horas; en el arca los efectos del miedo eran aún más espectaculares. Por ejemplo, había un par de lagartos que sólo con oír el ruido de las sandalias de madera resinosa de Noé bajando por la escalera, cambiaban realmente de color. Lo vi yo mismo: su piel perdía su tono natural y se confundía con su entorno. Noé se detenía al pasar delante de su celdilla, preguntándose por un momento por qué estaba vacía, luego seguía su camino, y cuando el sonido de sus pasos se desvanecía los aterrorizados lagartos recobraban lentamente su color normal. Al parecer, a lo largo de los años posteriores al diluvio este truco ha resultado muy útil; pero todo empezó como una reacción incontrolable ante «el almirante».

Con los renos la cosa era aún más complicada. Siempre estaban nerviosos, pero no era únicamente por miedo a Noé, era algo más profundo. ¿Sabéis que algunos de nosotros los animales tenemos poderes de videncia? Incluso vosotros habéis conseguido daros cuenta de ello, después de milenios de estar en contacto con nuestras costumbres. «Oh, mira», decís, «las vacas están sentadas en el prado, eso quiere decir que va a llover.» Bueno, desde luego es todo mucho más sutil de lo que os podéis imaginar y la finalidad no es ciertamente servir de veleta barata para los humanos. Sea como sea... los renos estaban alterados por algo más profundo que el miedo a Noé, más raro que los nervios de la tormenta; algo... a largo plazo. Sudaban en sus celdillas, relinchaban neuróticamente cuando hacía un calor opresivo; coceaban contra los tabiques de madera resinosa cuando no había ningún peligro evidente —ni tampoco un peligro posterior comprobado— y cuando Noé había estado, para lo que él era, realmente comedido en su conducta. Pero los renos intuían algo. Y era algo más allá de lo que sabíamos entonces. Era como si nos dijeran: ¿Creéis que esto es lo peor? No os hagáis ilusiones. Sin embargo, fuera lo que fuera, ni siquiera los renos podían especificar más. Algo distante, importante... a largo plazo.

Los demás, comprensiblemente, estábamos mucho más preocupados por el corto plazo. Los animales enfermos, por ejemplo, eran siempre tratados despiadadamente. Esto no es un buque hospital, nos decían constantemente las autoridades; no podía haber enfermedades, ni verdaderas ni fingidas. Lo cual no parecía justo ni realista. Pero uno se guardaba muy mucho de decir que estaba enfermo. Un poco de sarna y te tiraban por la borda antes de que pudieras sacar la lengua para que te la examinaran. ¿Y qué creéis que le sucedía a la mitad más sana? ¿Para qué sirve el cincuenta por ciento de una pareja reproductora? Noé no era, ciertamente, un sentimental que animase al compañero apenado a vivir hasta que le llegase su hora.

Digámoslo de otra forma: ¿qué diablos creéis que comían Noé y su familia en el arca? Nos comían a nosotros, claro está. Quiero decir, si miráis a vuestro alrededor al reino animal hoy en día, no creeréis que nunca hubo más que esto, ¿verdad? ¿Un montón de bestias que tienen más o menos el mismo aspecto, luego un hueco y otro montón de bestias más o menos con el mismo aspecto? Ya sé que tenéis una teoría para explicarlo —algo acerca de la relación con el medio y las capacidades heredadas o una cosa así—, pero hay una explicación mucho más simple para los desconcertantes saltos en el espectro de la creación. Una quinta parte de las especies de la tierra se hundieron con Varadi, y las demás que faltan se las comieron Noé y los suyos. Así fue. Había un par de chorlitos árticos, por ejemplo, unos pájaros muy bonitos. Cuando subieron a bordo su plumaje era de un pardo azulado con manchas. Unos meses después empezaron a mudar la pluma. Esto era completamente normal. A medida que se les caían las plumas de verano, su plumaje de invierno de un blanco puro empezó a hacerse visible. Por supuesto no estábamos en latitudes árticas y por lo tanto esto era técnicamente innecesario; pero no se puede detener a la naturaleza, ¿verdad? Tampoco se podía detener a Noé. En cuanto vio que los chorlitos se estaban volviendo blancos, llegó a la conclusión de que estaban enfermos y, con tierna consideración por la salud del resto del barco, mandó que se los cocinaran acompañados de unas algas. Era un ignorante en muchos aspectos y desde luego no era un ornitólogo. Le hicimos llegar una petición y le explicamos algunas cosas relativas a la muda y otras cuestiones. Al fin pareció entenderlo. Pero el chorlito ártico ya se había extinguido.

Por supuesto, la cosa no paró ahí. En lo que a Noé y su familia se refería, no éramos más que una cafetería flotante. Los puros y los impuros eran lo mismo para ellos en el arca; primero el almuerzo, luego la devoción, esa era la regla. No podéis imaginaros de cuánta riqueza de vida animal os privó Noé. O, mejor dicho, sí podéis, porque eso es precisamente lo que hacéis: imaginarla. Todas esas míticas bestias que vuestros poetas soñaron en siglos pasados: suponéis que se las inventaban a sabiendas o que eran descripciones alarmistas de animales entrevistados en el bosque después de un almuerzo de caza demasiado abundante, ¿no es cierto? Me temo que la explicación es más sencilla: Noé y su tribu se los zamparon. Al principio de la travesía, como ya he dicho, había una pareja de behemots en la bodega. Yo no los vi muy bien, pero me han dicho que eran unas bestias impresionantes. Sin embargo, Cam, Sem o el que tenía un nombre que empezaba con J propusieron en el consejo de familia que teniendo al elefante y al hipopótamo podían pasarse muy bien sin el behemot; y además —el argumento combinaba pragmatismo y principio— dos cadáveres tan grandes podrían mantener a la familia durante meses.

Naturalmente, la cosa no salió así. A las pocas semanas hubo quejas porque les daban behemot para cenar todas las noches, así que —únicamente por cambiar la dieta— se sacrificaron otras especies. De vez en cuando había gestos de culpabilidad en relación con la economía doméstica, pero puedo aseguraros que al final del viaje quedaba gran cantidad de behemot en salmuera.

La salamandra siguió el mismo camino. La verdadera salamandra, quiero decir, no el anodino animal al que seguís llamando con ese nombre; nuestra salamandra vivía en el fuego. Era una bestia única, de eso no hay duda; sin embargo, Cam y Sem o el otro se empeñaban en decir que en un barco de madera el riesgo era demasiado grande, así que las dos salamandras y los dos fuegos gemelos que las albergaban fueron eliminados. También el carbunco fue eliminado, debido a una ridícula historia que había oído la mujer de Cam, según la cual el carbunco tenía una piedra preciosa dentro del cráneo. Siempre le

gustó vestir, a la mujer de Cam. Así que cogieron a uno de los carbunclos y le cortaron la cabeza; partieron el cráneo y no encontraron nada. Puede que la piedra preciosa se encuentre en la cabeza la hembra, sugirió la mujer de Cam. Así que abrieron también el otro, con el mismo resultado negativo.

Os hago la siguiente sugerencia sin mucha seguridad; sin embargo creo que debo decirlo. A veces sospechábamos que existía una especie de sistema detrás de todos esos asesinatos. Ciertamente había más exterminio del que era estrictamente necesario para fines nutritivos, mucho más. Y al mismo tiempo algunas de las especies a las que mataban tenían muy poca carne. Lo que es más, las gaviotas nos informaban a veces de que habían visto tirar por la popa cadáveres de animales con gran cantidad de carne en perfectas condiciones pegada al hueso. Empezamos a sospechar que Noé y su tribu la tenían tomada con ciertos animales simplemente por ser como eran. El basilisco, por ejemplo, fue tirado por la borda muy pronto. Es cierto que no era muy agradable de ver, pero creo que es mi deber dejar constancia de que había muy poco que comer debajo de aquellas escamas y que ciertamente el ave no estaba enferma.

De hecho, cuando nos pusimos a reflexionar sobre ello después del suceso, comenzamos a discernir una pauta, y esa pauta empezaba con el basilisco. Nunca habéis visto uno, naturalmente. Pero si os describo un gallo con cuatro patas y una cola de serpiente y os digo que tenía una mirada muy desagradable, que ponía unos huevos deformes y que luego contrataba a un sapo para que se los incubase, comprenderéis que no era la bestia más atractiva del arca. No obstante, tenía sus derechos como todo el mundo, ¿no? Después del basilisco le tocó el turno al grifón; después del grifón, a la esfinge; después de la esfinge, al hipogrifo. ¿Tal vez pensabais que eran todos extravagantes fantasías? Pues nada de eso. ¿Y sabéis lo que tenían en común? Todos eran híbridos. Pensamos que era Sem —aunque bien podía haber sido el propio Noé— el que tenía esa manía con la pureza de las especies. Absurda, por supuesto; y como nos decíamos los unos a los otros, bastaba con mirar a Noé y a su mujer, o a los tres hijos y a sus tres mujeres, para darse cuenta del revoltijo genético que iba a ser la raza humana. Así que ¿por qué empezar a ponerse exigentes respecto a los híbridos?

Pero lo más penoso fue lo del unicornio. Ese asunto nos tuvo deprimidos durante meses. Por supuesto, hubo los acostumbrados rumores sórdidos —que la mujer de Cam había hecho un uso innoble de su cuerno— y la acostumbrada campaña de difamación póstuma por parte de las autoridades en lo que se refiere al carácter del animal; pero esto sólo sirvió para asquearnos más. El hecho inevitable es que Noé estaba celoso. Todos admirábamos al unicornio y él no podía soportarlo. Noé — ¿para qué ocultaros la verdad?— era irritable, maloliente, irresponsable, envidioso y cobarde. Ni siquiera era un buen marino: cuando el mar estaba embravecido se retiraba a su camarote, se tumbaba en su cama de madera resinosa y no se levantaba de ella más que para vomitar todo lo que tenía en el estómago en su lavabo de madera resinosa; los efluvios se podían oler a una cubierta de distancia. Mientras que el unicornio era fuerte, honrado, intrépido, impecablemente aseado y un marino que nunca conoció un momento de mareo. Una vez, en una galerna, la mujer de Cam perdió pie cerca de la barandilla y estuvo a punto de caer por la borda. El unicornio —que tenía el privilegio de andar por cubierta gracias a la presión popular— galopó hacia ella y clavó su cuerno en la cola de su capa, fijándola a la cubierta. Sí que le agradecieron mucho su valor; los Noé lo guisaron un domingo del Embarco. Puedo responder de ello. Hablé personalmente con el halcón mensajero que llevó una olla caliente al arca de Sem.

No tenéis por qué creerme, naturalmente; pero ¿qué dicen vuestros propios archivos? Tomemos la historia de la desnudez de Noé, ¿os acordáis? Sucedió después del desembarco. Noé, cosa nada sorprendente, estaba aún más satisfecho consigo mismo que antes —había salvado a la raza humana, había asegurado el éxito de su dinastía, había hecho un pacto oficial con Dios— y decidió tomarse las cosas con tranquilidad durante los últimos trescientos cincuenta años de su vida. Fundó un pueblo (que vosotros llamáis Arghuri) en las laderas inferiores de la montaña, y se pasaba los días inventándose nuevas condecoraciones y honores para sí mismo: Santo Caballero de la Tempestad, Gran Comandante de los Chubascos y cosas así. Vuestro texto sagrado os informa de que en su finca plantó un viñedo. ¡Ja! Hasta la mente menos sutil puede interpretar el eufemismo: estaba borracho todo el tiempo. Una noche, después de una sesión especialmente dura, acababa de desnudarse cuando se desmayó y cayó al suelo de su dormitorio, algo que ocurría con cierta frecuencia. Casualmente Cam y sus hermanos pasaban por delante de su «tienda» (todavía usaban la antigua palabra del desierto para referirse a sus palacios) y entraron para comprobar que su alcohólico padre no se había hecho daño. Cam entró en el dormitorio y..., bueno, un hombre de seiscientos cincuenta y pico años desnudo y tirado en el suelo en un estupor alcohólico no es una visión muy agradable. Cam hizo lo que era decente y filial: pidió a sus hermanos que taparan a su padre. En señal de respeto —aunque ya entonces la costumbre estaba cayendo en desuso—, Sem y el que empezaba con J consiguieron meterle en la cama sin permitir que su mirada cayera sobre esos órganos de reproducción que misteriosamente despiertan vergüenza en vuestra especie. Una acción absolutamente pía y honorable, podríais pensar. ¿Y cómo reaccionó Noé cuando se despertó con una de esas punzantes resacas que da el vino nuevo? Maldijo al hijo que le había encontrado y decretó que todos los hijos de Cam sirviesen de criados a la familia de los dos hermanos que habían entrado en su habitación de culo. ¿Qué sentido tiene eso? Puedo imaginarme vuestra explicación: su juicio estaba alterado por la bebida y deberíamos compadecerle, no censurarle. Bueno, puede ser. Pero me limitaré a mencionar esto: nosotros le conocimos en el arca.

Era un hombre grande, Noé, más o menos del tamaño de un gorila, aunque ahí se acababa el parecido. El capitán de la flotilla —se ascendió a almirante a mitad de la travesía— era feo, sin ninguna gracia de movimientos e indiferente a su higiene personal. Ni siquiera era capaz de hacer crecer su propio pelo, excepto alrededor de la cara; para cubrir el resto de su cuerpo tenía que utilizar las pieles de otras especies. Ponedle al lado del gorila y distinguiréis fácilmente cuál es una creación superior: el que tiene movimientos gráciles, más fuerza y un instinto para despiojar. En el arca estábamos perplejos y nunca logramos resolver el enigma de por qué Dios había llegado a elegir al hombre como protegido Suyo, prefiriéndolo a otros candidatos más obvios. La mayoría de las otras especies habrían sido mucho más leales. Si hubiese elegido al gorila, dudo que hubiera habido ni la mitad de la desobediencia que había, probablemente ni siquiera habría habido necesidad de mandar el diluvio.

Y cómo olía el tío... La piel mojada en una especie que lleva a gala su aseo es una cosa; pero un pellejo húmedo y con una costra de sal, con el pelo sin cepillar y colgando del cuello de una especie descuidada a la que no pertenece, es otra historia muy distinta. Ni siquiera cuando vinieron los tiempos de más calma el viejo Noé se secaba por completo (repito lo que

decían los pájaros y ellos eran de fiar). Llevaba consigo la humedad y la tormenta como un recuerdo culpable o la promesa de que volvería el mal tiempo.

Había otros peligros en la travesía aparte del peligro de que te convirtieran en un almuerzo. Tomemos nuestra especie como ejemplo. Una vez que hubimos embarcado y estábamos escondidos, nos sentimos muy pagados de nosotros mismos. Esto ocurría, como comprenderéis, mucho tiempo antes de la jeringa fina llena de una solución de ácido carbónico en alcohol, antes de la creosota, los naftenatos metálicos, el pentaclorofenol, el benceno, el paradiclorobenceno y el ortodiclorobenceno. Afortunadamente no nos tropezamos con la familia de las Cleridae o los ácaros Pediculoideos o las avispas parásitas de la familia Braconidae. Pero, aun así, teníamos un enemigo, y muy paciente: el tiempo. ¿Qué pasaría si el tiempo nos imponía cambios inevitables?

El día en que nos dimos cuenta de que el tiempo y la naturaleza estaban actuando en nuestro primo *xestobium rufo-villosum* constituyó una seria advertencia. Eso desencadenó el pánico. Sucedió cuando la travesía estaba muy avanzada, durante los tiempos de más calma, cuando nos pasábamos los días sentados en espera del placer de Dios. A media noche, con el arca tranquila y silencio en todas partes —un silencio tan raro y denso que todos los animales se pararon a escuchar, haciéndolo así aún más profundo—, oímos con asombro el tictac de *xestobium rufo-villosum*. No podíamos creer lo que oíamos. Que el huevo se convierte en larva, la larva en crisálida y la crisálida en imago es la ley inflexible de nuestro mundo: la crisalización no conlleva reprimenda. Pero que nuestros primos, transformados en adultos, escogieran aquel momento, precisamente aquel momento, para anunciar sus intenciones amoratorias, era casi imposible de creer. Allí estábamos, en peligro, en alta mar, la extinción final como posibilidad diaria, y *xestobium rufo-villosum* no podía pensar en otra cosa más que en el sexo. Debía de ser una respuesta neurótica al temor de la extinción o algo de eso. Pero aun así...

Uno de los hijos de Noé vino a ver qué era aquel ruido mientras nuestros estúpidos primos, esclavos de la publicidad erótica, golpeaban con las mandíbulas contra las paredes de sus madrigueras. Afortunadamente, los hijos del «almirante» tenían sólo una escasa comprensión del reino animal que se les había confiado, y éste pensó que los rítmicos clics eran crujidos de las maderas del barco. Pronto se levantó el viento otra vez y *xestobium rufo-villosum* pudo concertar sus citas amorosas sin riesgo. Pero el asunto hizo que los demás nos volviéramos más cautos. *Anobium domesticum*, por siete votos contra ninguno, resolvió no crisalidar hasta después del desembarco.

Hay que decir que Noé, lloviera o brillara el sol, no valía mucho como marinero. Había sido escogido por su devoción más que por sus conocimientos de navegación. No servía de nada en una tormenta y no era mucho mejor cuando el mar estaba en calma. ¿Que cómo puedo juzgarlo yo? Una vez más, repito lo que los pájaros decían; los pájaros que pueden permanecer en el aire durante semanas seguidas, los pájaros que saben encontrar su camino desde un extremo del planeta al otro por sistemas de navegación tan complejos como cualquiera de los inventados por vuestra especie. Pues los pájaros decían que Noé no sabía lo que se hacía; en él todo eran fanfarronadas y oraciones. Lo que tenía que hacer no era tan difícil, ¿verdad? Durante las tempestades tenía que sobrevivir huyendo del punto donde la tormenta era más intensa, y durante la calma tenía que asegurarse de que las corrientes no nos arrastrasen tan lejos de nuestro punto de partida que acabásemos en algún inhabitable Sáhara. Lo mejor que se puede decir de Noé es que sobrevivió a la tormenta (aunque no tenía que preocuparse de arrecifes ni costas, lo cual simplificaba las cosas) y que cuando al fin las aguas bajaron no nos encontramos por error en medio de un gran océano. Si nos hubiera ocurrido eso, cualquiera sabe cuánto tiempo habríamos estado en el mar.

Naturalmente, los pájaros pusieron sus conocimientos a disposición de Noé; pero él era demasiado orgulloso. Les dio unas tareas de reconocimiento sencillas —avisar de remolinos y tornados— pero desdeñó sus verdaderas habilidades. También mandó a la muerte a varias especies al pedirles que volaran con un tiempo espantoso cuando no estaban debidamente equipadas para hacerlo. Cuando Noé despachó a la curruca con una galerna de fuerza nueve (es verdad que el ave tenía un grito irritante, sobre todo cuando uno estaba tratando de dormir), el petrel se ofreció voluntario para ocupar su puesto. Pero el ofrecimiento fue rechazado, y ése fue el fin de la curruca.

De acuerdo, de acuerdo, Noé también tenía sus virtudes. Era un superviviente, y no sólo en lo que se refiere a la travesía. También descubrió el secreto de la longevidad, que vuestra especie ha perdido posteriormente. Pero no era una buena persona. ¿Sabéis la historia de cuando hizo que pasaran al asno por debajo de la quilla como castigo? ¿Aparece eso en vuestros archivos? Fue en el año dos, cuando el reglamento se había suavizado un poco y a algunos viajeros selectos se les permitía tratarse. Bueno, Noé pilló al asno tratando de montar a la yegua. Se puso verdaderamente furioso, vociferó que nada bueno podía salir de semejante unión —lo cual confirmó nuestra teoría de que sentía horror por los híbridos— y dijo que le daría un castigo ejemplar a la bestia. Así que le ató las pezuñas, lo descolgó por la borda, lo arrastró por debajo del casco y lo izó por el otro lado en medio de un torbellino de agua. La mayoría de nosotros atribuyó el asunto a celos sexuales, sencillamente. Pero lo asombroso fue cómo se lo tomó el asno. Se las saben todas en lo relativo a resistencia, esos tipos. Cuando le subieron por encima de la barandilla estaba en un estado lamentable. Sus pobres orejas parecían frondas de viscosas algas, y su cola, un metro de sogas mojadas. Unos cuantos animales, que entonces ya no estaban demasiado entusiasmados con Noé, le rodearon, y la cabra, creo que fue ella, le dio una suave cabezada en un costado para ver si estaba vivo aún, y el asno abrió un ojo, miró el círculo de preocupados hocicos y dijo: «Ahora ya sé qué es ser una foca.» No está mal dadas las circunstancias, ¿verdad? Pero tengo que deciroslo, estuvisteis a punto de perder también esa especie.

Supongo que no era enteramente culpa de Noé. Quiero decir que ese Dios suyo era un modelo verdaderamente agobiante. Noé no podía hacer nada sin preguntarse primero qué pensaría Él. Esa no es forma de vivir. Siempre mirando por encima del hombro en busca de aprobación..., no es un comportamiento adulto, ¿verdad? Y Noé ni siquiera tenía la excusa de ser joven. Tenía seiscientos y pico años, según el modo en que vuestra especie calcula estas cosas. Seiscientos años deberían haber producido cierta flexibilidad mental, cierta capacidad para ver los dos lados de la cuestión. Pues nada de eso. Tomemos la construcción del arca, por ejemplo. ¿Qué hace? La construye de madera resinosa. ¿Madera resinosa? Hasta Sem puso objeciones, pero era eso lo que quería y eso era lo que tenía que hacer. El hecho de que no hubiera mucha madera resinosa en las cercanías no fue tenido en consideración. Sin duda se limitaba a seguir instrucciones de su modelo; pero aun así... Cualquiera que supiese algo de maderas —y yo soy una autoridad en la materia— podía haberle dicho que había dos docenas

de árboles que le hubieran hecho igual servicio, si no mejor; y además, la idea de construir todas las partes de un barco con una sola madera es ridícula. Se debe elegir el material de acuerdo con el fin para el que va a servir; todo el mundo sabe eso. Pero así era el viejo Noé, ni la más mínima flexibilidad mental. Solamente veía un lado de la cuestión. Sanitarios de madera resinosa, ¿habéis oído algo más ridículo?

La idea fue, como digo, de su modelo. ¿Qué pensaría Dios? Esa era la pregunta que estaba siempre en sus labios. Había algo un poco siniestro en la devoción de Noé a Dios, horripilante, ya me entendéis. Pero desde luego sabía muy bien dónde le apretaba el zapato; y supongo que ser seleccionado de esa manera como superviviente, saber que tu dinastía va a ser la única sobre la tierra, se te debe subir a la cabeza, ¿no? En cuanto a sus hijos —Cam, Sem y el que empezaba con J—, ciertamente no les sentó muy bien a su ego. Se pavoneaban por cubierta como si fueran la familia real.

Veréis, hay una cosa que quiero dejar bien clara. Esta historia del arca. Probablemente aún pensáis que Noé, a pesar de todos sus defectos, era básicamente una especie de conservacionista primitivo, que reunió a los animales porque no quería que se extinguieran, que no podía soportar no volver a ver una jirafa nunca más, que lo hacía por nosotros. Pues no era el caso. Nos reunió porque su modelo se lo ordenó, pero también por propio interés, incluso por cinismo. Quería tener algo que comer cuando el diluvio acabase. Cinco años y medio bajo el agua y la mayoría de las huertas habían desaparecido, os lo aseguro; sólo el arroz prosperaba. Así que la mayoría de nosotros sabía que a los ojos de Noé no éramos más que futuras cenas sobre dos, cuatro o las patas que fueran. Si no ahora, luego; si no nosotros, nuestros descendientes. No es una sensación muy agradable, como podéis imaginaros. En el arca de Noé reinaba un ambiente de paranoia y terror. ¿Por cuál de nosotros vendría la próxima vez? Si no conseguías conquistar a la mujer de Cam hoy, mañana por la noche podías ser un estofado. Esa clase de incertidumbre puede provocar los comportamientos más raros. Recuerdo que a una pareja de conejos de Noruega los pillaron dirigiéndose a la barandilla; dijeron que querían acabar de una vez por todas, que no podían soportar la tensión. Pero Sem los pilló a tiempo y los encerró en un cajón de embalaje. De vez en cuando, si estaba aburrido, abría la tapa del cajón y agitaba un gran cuchillo en su interior. Esa era su idea de una broma. Pero me sorprendería mucho que no hubiese traumatizado a toda la especie.

Y, por supuesto, cuando se acabó la travesía Dios hizo oficial el derecho alimenticio de Noé. La recompensa a tanta obediencia fue darle permiso para comerse a cualquiera de nosotros que le apeteciese durante el resto de su vida. Todo formaba parte de un pacto o alianza acordado entre ellos dos. Un contrato bastante vacío, en mi opinión. Después de todo, habiendo eliminado a todos los de la tierra, Dios tenía que conformarse con la única familia de adoradores que le quedaba, ¿no? No iba a decirles: No, vosotros tampoco estáis a la altura de las circunstancias. Probablemente Noé se daba cuenta de que tenía a Dios entre la espada y la pared (qué admisión de fracaso desencadenar el diluvio y luego verte obligado a deshacerte de tu primera familia), y nosotros comprendimos que se nos hubiera comido de todas formas, con tratado o sin él. En esta supuesta alianza no había nada para nosotros, excepto una sentencia de muerte. Oh, sí, a nosotros nos arrojaron una minúscula compensación: a Noé y los suyos no se les permitía comerse a ninguna hembra que estuviese preñada. Una escapatoria que dio lugar a una frenética actividad en torno al arca varada y también a extraños efectos secundarios psicológicos. ¿No habéis pensado nunca en el origen del embarazo histórico?

Eso me recuerda la historia aquella de la mujer de Cam. No fueron más que rumores, dicen, pero se comprende cómo debieron de empezar esos rumores. La mujer de Cam no era la persona más popular del arca, y la pérdida del buque hospital, como ya he dicho, se le atribuyó a ella. Era aún muy atractiva —sólo tenía ciento cincuenta años en la época del diluvio—, pero también caprichosa y de genio vivo. Ciertamente, tenía dominado al pobre Cam. Las cosas ocurrieron como sigue. Cam y su mujer tenían dos hijos —dos hijos varones, se entiende, que eran los que contaban— llamados Cus y Misraim. Tuvieron un tercero, Put, que nació en el arca, y un cuarto, Canán, que llegó después del desembarco. Noé y su mujer tenían el cabello oscuro y los ojos castaños; Cam y su mujer, también; y, si a eso vamos, igual les ocurría a Sem, a Varadi y al que empezaba por J. Y todos los hijos de Sem y Varadi y del que tenía un nombre que empezaba con J eran morenos y de ojos castaños. Y lo mismo sucedía con Cus, Misraim y Canán. Pero Put, el que nació en el arca, era pelirrojo. Pelirrojo con los ojos verdes. Esos son los hechos.

En este punto abandonamos el puerto de los hechos para adentrarnos en el mar tempestuoso del rumor (así es como solía hablar Noé, por cierto). Yo no estaba en el arca de Cam, así que me limito a repetir, de forma desapasionada, las noticias que traían las aves. Había dos historias principales y os dejo elegir entre las dos. ¿Recordáis el caso del artesano que se hizo un escondite en el buque almacén? Bueno, pues se dijo —aunque no se confirmó oficialmente— que cuando registraron las habitaciones de la mujer de Cam descubrieron un compartimento que nadie sabía que existiera. Desde luego en los planos no aparecía. La mujer de Cam negó todo conocimiento del asunto, pero al parecer una de sus camisetas de piel de yac se encontró allí colgada de una percha y un minucioso examen del suelo reveló varios pelos rojos cogidos entre las tablas.

La segunda historia —que también transmito sin comentario— toca un asunto más delicado, pero puesto que concierne directamente a un significativo porcentaje de vuestra especie me veo obligado a contarla. A bordo del arca de Cam había un par de simios de una belleza y pulcritud extraordinarias. Eran, a decir de todos, sumamente inteligentes y perfectamente aseados, y sus caras eran tan expresivas que cualquiera hubiera jurado que estaban a punto de hablar. También tenían el pelo largo y rojo y los ojos verdes. No, esa especie ya no existe: no sobrevivió a la travesía, y las circunstancias que rodearon su muerte a bordo nunca han sido plenamente aclaradas. Algo relacionado con una verga que se cayó... Pero qué coincidencia, pensamos nosotros siempre, que una verga matase al mismo tiempo a los dos miembros de una especie particularmente ágil.

La explicación oficial fue completamente distinta, claro está. No hubo ningún compartimento secreto. No hubo ningún cruce de razas. La verga que mató a los simios era enorme y también se llevó por delante a una rata almizclera morada, a dos avestruces enanas y a un par de cerdos hormigueros de cola plana. El extraño colorido de Put era una señal divina, aunque la capacidad humana no podía descifrar en ese momento qué era lo que denotaba. Más tarde se aclaró su significado: era una señal de que había transcurrido ya la mitad de la travesía. Por lo tanto Put era un niño bendito, no un motivo de alarma y de castigo. El propio Noé lo anunció así. Dios se le había aparecido en un sueño y le había dicho que no le pusiera la mano encima a la criatura, y Noé, que era un hombre recto, como él mismo señaló, obedeció.

Huelga decir que los animales estábamos divididos respecto a qué versión creer. Los mamíferos, por ejemplo, se negaban a considerar la posibilidad de que el macho de los simios pelirrojos y de ojos verdes pudiese haber tenido trato carnal con la mujer de Cam. Lo cierto es que nunca podemos saber qué secretos se esconden en el corazón de nuestros amigos más íntimos, pero los mamíferos estaban dispuestos a jurar por su condición de tales que eso no podía haber sucedido. Conocían demasiado bien al simio macho, decían, y podían garantizar sus elevados niveles de limpieza personal. Insinuaron que incluso era un esnob. Y suponiendo —sólo suponiendo— que hubiera querido un poco de juerga, había especímenes mucho más tentadores que la mujer de Cam. ¿Por qué no una de esas monitas de rabo amarillo tan graciosas que se iban con cualquiera por un puñado de pasta de nuez moscada?

Estamos llegando casi al final de mis revelaciones. Las hago —debéis comprenderlo— con espíritu de amistad. Si pensáis que me muestro agresivo, es probable que sea porque vuestra especie —espero que no os moleste— es terriblemente dogmática. Creéis lo que deseáis creer y seguis creyéndolo. No es de extrañar, claro, todos lleváis los genes de Noé. Sin duda, eso explica también que a menudo seáis sorprendentemente poco curiosos. Por ejemplo, nunca os hacéis esta pregunta respecto a vuestra historia primitiva: ¿Qué pasó con el cuervo?

Cuando el arca reposó en la cima de una montaña (fue más complicado, naturalmente, pero pasaremos por alto los detalles), Noé envió a un cuervo y a una paloma para que vieran si las aguas se habían retirado de la faz de la tierra. Ahora bien, en la versión que os ha llegado, el cuervo tiene muy poco papel; únicamente revoloteaba de acá para allá, sin mucho resultado, se da a entender. Los tres viajes de la paloma, por el contrario, se cuentan como una acción heroica. Lloramos cuando no encuentra lugar donde posar la planta de su pata; nos regocijamos cuando regresa al arca con una hoja de olivo. Habéis convertido a esta ave, según tengo entendido, en algo de valor simbólico. Así que dejadme señalaros una cosa: el cuervo siempre mantuvo que fue él quien encontró el olivo; que él trajo una hoja del mismo al arca; pero que Noé decidió que era «más adecuado» decir que lo había descubierto la paloma. Personalmente, siempre creí al cuervo, que, aparte de otras consideraciones, era mucho más fuerte en el aire que la paloma; y habría sido típico de Noé (imitando una vez más a ese Dios suyo) provocar una disputa entre los animales. Noé corrió la voz de que el cuervo, en lugar de regresar lo antes posible con la prueba de que había tierra seca, se había hecho el remolón y había sido visto (¿por quién?, ni siquiera la paloma, que vuela más alto, se habría rebajado a semejante difamación) atiborrándose de carroña. El cuervo, huelga añadirlo, se sintió dolido y traicionado por esta instantánea reescritura de la historia y dicen —quienes tienen mejor oído que yo— que todavía se oye en su voz el triste graznido de insatisfacción. La voz de la paloma, en cambio, empezó a sonar insoportablemente engreída desde el mismo momento en que desembarcamos. Ya se veía a sí misma en sellos de correos y tarjetas.

Antes de que bajaran las rampas, «el almirante» se dirigió a las bestias de su arca y sus palabras fueron transmitidas a los que estábamos en los otros barcos. Nos agradeció nuestra colaboración, se disculpó por la esporádica escasez de las raciones y nos prometió que, puesto que todos habíamos cumplido nuestra parte del trato, iba a sacarle a Dios la mejor recompensa en las próximas negociaciones. Algunos de nosotros nos reímos con cierto escepticismo al oír eso: recordábamos que habían pasado al asno por debajo de la quilla, la pérdida del buque hospital, la política de exterminación de los híbridos, la muerte del unicornio... Nos resultaba evidente que si Noé se ponía ahora en plan de Chico Bueno era porque se daba cuenta de lo que haría cualquier animal lúcido en cuanto pusiera la pata en tierra firme: salir corriendo hacia los bosques y las colinas. Evidentemente estaba tratando de hacernos la pelota para que nos quedáramos cerca del Nuevo Palacio de Noé, cuya construcción decidió anunciarnos al mismo tiempo. Las comodidades que se nos darían allí incluían agua gratis para los animales y más cantidad de comida durante los duros inviernos. Claramente temía que la dieta cárnica a la que se había acostumbrado en el arca se le escapara tan rápido como sus dos, cuatro, o las patas que tuviera, pudieran llevarle, y que la familia de Noé se encontraría otra vez comiendo bayas y nueces. Asombrosamente, algunas de las bestias pensaron que la oferta era justa: después de todo, argumentaban, no puede comernos a todos, probablemente seleccionará sólo a los viejos y enfermos. Así que algunos —no los más listos, todo hay que decirlo— se quedaron por allí esperando a que se construyera el palacio y el agua fluyera como el vino. Los cerdos, las vacas, las ovejas, algunas de las cabras más estúpidas, las gallinas... Les advertimos, o por lo menos lo intentamos. Murmurábamos burlescamente: «¿Asados o cocidos?», pero no servía de nada. Como digo, no eran muy espabilados y probablemente les daba miedo volver a la vida salvaje; se habían vuelto dependientes de su cárcel y su carcelero. Lo que sucedió en las generaciones siguientes era totalmente previsible: se convirtieron en sombras de lo que habían sido. Los cerdos y ovejas que veis por ahí hoy son zombies comparados con sus efervescentes antepasados del arca. Les dejaron sin agallas a fuerza de golpes. Y algunos de ellos, como el pavo, tienen que soportar la indignidad de que se las vuelvan a meter... antes de asarlos o cocerlos.

Y, por supuesto, ¿qué consiguió realmente Noé de Dios en su famoso Tratado del Desembarco? ¿Qué le sacó a cambio de los sacrificios y la lealtad de su tribu (por no hablar de los más considerables sacrificios del reino animal)? Dios dijo —y estas son las palabras de Noé presentando la mejor interpretación del asunto— que Él prometía no enviarnos otro diluvio y que como prueba de Su intención creaba para nosotros el arco iris. ¡El arco iris! ¡Ja! Es muy bonito, ciertamente, y el primero que hizo para nosotros, un semicírculo iridiscente con un hermano más pálido a su lado, ambos centelleando en un cielo azul índigo, efectivamente nos obligó a muchos de nosotros a levantar la cabeza aunque estuviéramos pastando. La idea estaba clara: cuando la lluvia diera de mala gana paso al sol, este vistoso símbolo nos recordaría cada vez que la lluvia no iba a continuar y convertirse en un diluvio. Pero aun así. No era muy buen negocio. ¿Y era posible hacerlo valer legalmente? Cualquiera intenta llevar a un arco iris a los tribunales.

Los animales más astutos vieron lo que significaba la oferta de Noé de tenerles a media pensión; se marcharon a los bosques y las colinas, confiando en sus propias capacidades para conseguir agua y alimento en invierno. Los renos, era imposible no darse cuenta, fueron de los primeros en largarse, y huyeron del «almirante» y de todos sus futuros descendientes, llevándose consigo sus misteriosos presentimientos. A propósito, tenéis razón en considerar a los animales que se fueron —traidores desagradecidos, según Noé— como las especies más nobles. ¿Puede ser noble un cerdo? ¿Una oveja? ¿Una gallina? Si hubierais visto al unicornio... Ese fue otro aspecto discutible del discurso de Noé, después del desembarco, a quienes todavía andaban holgazaneando al borde de la empalizada. Dijo que Dios, al darnos el arco iris, estaba de hecho

prometiendo mantener colmado el cupo de milagros del mundo. Una clara referencia, no me cabe ninguna duda, a las veintenas de auténticos milagros que en el curso de la travesía habían sido arrojados por la borda de los barcos de Noé o habían desaparecido en las tripas de su familia. ¿El arco iris en lugar del unicornio? ¿Por qué no nos devolvía Dios el unicornio? Los animales habríamos preferido eso a una gran insinuación en el cielo sobre la magnanimidad de Dios cada vez que parase de llover.

Salir del arca, creo habérselo dicho ya, no fue mucho más fácil que entrar en ella. Desgraciadamente, había habido bastantes chivatazos por parte de las especies elegidas, así que no había la menor posibilidad de que Noé sencillamente bajase las rampas y gritase «Feliz desembarco». Todos los animales tuvieron que soportar un estricto registro antes de que los soltaran; algunos incluso fueron sumergidos en tinas de agua que olía a brea. Varias hembras se quejaron de que Sem las había sometido a examen interno. Descubrieron a unos cuantos polizones: algunos de los escarabajos más visibles, unas ratas que estúpidamente se habían atiborrado durante la travesía y se habían puesto demasiado gordas, incluso una serpiente o dos. Nosotros salimos —supongo que no es preciso guardar el secreto por más tiempo— en la punta vaciada del cuerno de un carnero. Era un animal grande, hosco y subversivo, cuya amistad habíamos cultivado deliberadamente durante los últimos tres años en el mar. No sentía ningún respeto por Noé y le encantó contribuir a engañarle después del desembarco.

Cuando nos bajamos los siete del cuerno del carnero estábamos eufóricos. Habíamos embarcado clandestinamente, sobrevivido y escapado, todo ello sin entrar en ningún dudoso pacto ni con Dios ni con Noé. Lo habíamos hecho por nuestros propios medios. Nos sentíamos ennoblecidos como especie. Puede que esto os parezca cómico, pero es así: nos sentíamos ennoblecidos. Aquella travesía nos había enseñado muchas cosas, ¿comprendéis?, y la principal era ésta: el hombre es una especie muy poco evolucionada en comparación con los animales. No negamos, desde luego, vuestra inteligencia y vuestro considerable potencial. Pero, por el momento, estáis en una primera etapa de vuestro desarrollo. Nosotros, por ejemplo, somos siempre nosotros mismos: eso es lo que significa estar evolucionado. Somos lo que somos, y sabemos qué es eso. Nadie espera que un gato se ponga de repente a ladrar, ni que un cerdo empiece a mugir, ¿verdad? Pues eso es lo que, en cierto sentido, quienes hicimos la travesía en el arca aprendimos a esperar de vuestra especie. Tan pronto ladráis como maulláis; tan pronto queréis ser salvajes como queréis ser mansos. Uno sabía a qué atenerse con Noé solamente en un aspecto: que uno nunca podía saber a qué atenerse con él.

Tampoco sois demasiado buenos con la verdad, los de vuestra especie. Siempre olvidáis las cosas, o fingís olvidarlas. La pérdida de Varadi y su arca, ¿acaso habla alguien de eso? Comprendo que este voluntario mirar hacia otra parte tal vez tenga un lado positivo: no fijaros en las cosas malas os facilita el seguir adelante. Pero al no fijaros en las cosas malas acabáis por creer que nunca suceden. Siempre os sorprenden. Os sorprende que las armas maten, que el dinero corrompa, que nieve en invierno. Semejante ingenuidad puede resultar encantadora; por desgracia, también puede resultar peligrosa.

Por ejemplo, ni siquiera admitís el verdadero carácter de Noé, vuestro primer padre, el devoto patriarca, el conservacionista militante. Tengo entendido que una de vuestras primeras leyendas hebreas afirma que Noé descubrió el principio de la embriaguez al observar que una cabra se emborrachaba por comer uvas fermentadas. Qué descarado intento de cargarles la responsabilidad a los animales, y todo ello, triste es decirlo, forma parte de una regla. La Caída fue culpa de la serpiente, el honrado cuervo fue un vago y un glotón, la cabra convirtió a Noé en un borracho. Escuchad: puedo juraros que Noé no necesitaba la ayuda de ningún animal de pata hendida para descubrir el secreto de la vida.

Echarle la culpa a alguien, ése es siempre vuestro primer instinto. Y si no podéis culpar a otro, entonces empezáis a afirmar que el problema en realidad no existe. Reformemos el reglamento, cambiemos de sitio la meta. Algunos de esos eruditos que dedican su vida al estudio de vuestros textos sagrados han intentado incluso demostrar que el Noé del arca no era el mismo que el Noé acusado de embriaguez y de exhibicionismo. ¿Cómo es posible que un borracho fuese elegido por Dios? Ah, bueno, es que no lo fue, ¿comprendéis? No era ese Noé. Un simple caso de confusión de identidades. Se acabó el problema.

¿Que cómo es posible que un borracho fuese elegido por Dios? Ya os lo he dicho: porque todos los demás candidatos eran peores. Noé era el mejor de un pésimo grupo. En cuanto a su afición a la bebida, a decir verdad fue la travesía lo que le remató. Al viejo Noé siempre le había gustado tomarse unos cuantos cuernos de licor fermentado antes del embarco, ¿a quién no? Pero fue la travesía lo que le convirtió en un borrachín. Sencillamente le abrumaba la responsabilidad. Tomó algunas decisiones equivocadas en lo relativo a la navegación, perdió cuatro de sus barcos y aproximadamente un tercio de las especies que le habían sido confiadas; le habrían formado un consejo de guerra si hubiese habido alguien para constituir el tribunal. Y a pesar de sus fanfarronadas, se sentía culpable por haber perdido la mitad del arca. La culpabilidad, la inmadurez, la constante lucha por conservar un puesto para el que no se está capacitado; todo eso es una tremenda combinación que habría tenido el mismo efecto catastrófico en la mayoría de los miembros de vuestra especie. Supongo que incluso se podría argumentar que Dios empujó a Noé a la bebida. Puede que ésa sea la razón de que vuestros estudiosos estén tan nerviosos, tan ansiosos de separar al primer Noé del segundo: las consecuencias son embarazosas. Pero la historia del «segundo» Noé —la embriaguez, la indecencia, el caprichoso castigo a un hijo respetuoso—, bueno, a los que conocimos al «primer» Noé en el arca no nos sorprendió nada. Me temo que se trata de un deprimente pero previsible caso de degeneración alcohólica.

Como os decía, estábamos eufóricos cuando salimos del arca. Aparte de cualquier otra consideración, habíamos comido suficiente madera resinosa para toda una vida. Esa es otra razón para desear que Noé hubiese sido menos intolerante en su diseño de la flota: nos habría permitido un cambio de dieta. Noé no tenía por qué tener eso en cuenta, naturalmente, puesto que nosotros no debíamos haber estado allí. Y con la visión retrospectiva de unos cuantos milenios, esta exclusión parece aún más dura que entonces. Fuimos siete polizones, pero si nos hubiesen admitido como especie digna de viajar, sólo nos habrían dado dos pasajes, y hubiésemos aceptado esa decisión. Es verdad que Noé no podía prever cuánto tiempo iba a durar la travesía, pero considerando lo poco que comimos en cinco años y medio, ciertamente habría valido la pena correr el riesgo de dejar subir a bordo a una pareja de nosotros. Y después de todo, no tenemos la culpa de ser carcoma.